

## Simbolización en la adolescencia: la dificultad de devenir adulto

*Silvia Flechner\**

Devenir adulto es una forma de demarcar un tiempo de transformación más dentro de la continuidad del existir de un sujeto. Tiempo de numerosas reorganizaciones en lo que concierne al sujeto, así como también a la identidad, en función de las relaciones de identificación con los objetos investidos. Este devenir no está vinculado exclusivamente a la conclusión del tránsito adolescente al alcanzar determinada edad. Si bien el paso cronológico del tiempo podría considerarse un indicador, no será ni exclusivo ni central en este trabajo. Nos referimos más bien a la capacidad de vivenciar las diversas aventuras entre las que se encuentran por ejemplo, la adquisición de responsabilidades, la libertad para acceder a la parentalidad, a la transmisión de generación en generación de ideales acordes a la evolución de cada individuo dentro de su cultura, las elecciones de pareja, vocacionales, laborales, así como la creatividad, que irán alejándose de muchas de las fantasías todopoderosas idealizadas de la adolescencia. A su vez los procesos de simbolización acompañan este devenir, desempeñando un papel central en la capacidad de elaborar la separación y la pérdida de objeto a lo largo de la vida.

Desde el punto de vista psico-social, el devenir adulto se ha modificado en nuestra época desde varios puntos de vista, uno de

---

\* Miembro Titular de APU. Vázquez Ledesma 2993-901. Tel. 711 1303.

E-mail: [sflech@chasque.net](mailto:sflech@chasque.net)

ellos implica que la adolescencia en sí es más larga y compleja. Desde una perspectiva psicoanalítica, representa un tiempo fundamental de reorganización – desorganización - reorganización a través de sus dos vertientes, la narcicista y la objetal. Atravesando el continuo proceso durante el cual el sujeto es simultáneamente constituido y descentrado de sí mismo mediante la preservación del interjuego dialéctico conciente - inconsciente.

### **Encrucijadas de la subjetivación**

En los inicios, el pasaje de la identidad de percepción a la identidad de pensamiento, así como el movimiento dialéctico del par presencia-ausencia, irán inaugurando procesos de estructuración psíquica del infans, donde la respuesta materna se tornará estructurante. Un sí o un no, una ausencia o una presencia pasarán a ser creadores de categorías de tiempo, espacio, relaciones causales y también de anticipación.

Fanny Schkolnik (2006) plantea la problemática de las fallas de la simbolización vinculadas a fallas en la instalación de la represión primaria y a la activación de distintos aspectos del narcisismo arcaico en el cual predominan mecanismos de escisión y fenómenos fusionales con el otro.

Las fallas en la simbolización pueden tener su expresión en modos de funcionamiento mental donde priman los fantasmas omnipotentes de realización de deseos, condensando la fuerza pulsional interna con la amenaza exterior. El niño podría ser capaz de transitar su crecimiento con dichas fallas, llegando a situaciones tales como el desconocimiento de sí mismo, con tal de quedar prendido a la dependencia fusional, simbiótica con el objeto. Cuando así sucede, a partir de la pubertad podrían observarse la presión de las excitaciones corporales, los deseos activos y pasivos actuando como una amenaza interna sin encontrar otra solución que no sea la descarga actuada o la proyección de fantasmas sadomasoquistas persecutorios, fantasmas pregenitales que no han logrado ser integrados al primado de lo genital. Sexualidad y

violencia destructiva se condensarán entonces, siendo vividas como totalmente desligadas de un amor objetal. En tales casos, la madurez sexual, puede ser vivida como extraña al yo, arriesgando con provocar un desmoronamiento narcisista durante este período de tránsito entre la pubertad y la adultez.

Sin embargo la incertidumbre de este tránsito será soportable en la medida que haya una cierta confianza en el poder del sujeto. De crearse por sí mismo por apropiación activa, las fuentes de placer que lo han ido confirmando a través de las experiencias infantiles, manteniendo la capacidad suficiente de ilusión (Winnicott 1977). De no ser así, el futuro corre riesgo de ser investido como simple retorno del pasado, tornándose terrorífico, puesto que rememora la impotencia infantil en relación a la excitación interna en sí misma.

Los objetos parentales podrán volverse a posteriori, objetos de odio en función de una subjetivación tardía, obligando al adolescente a reconocer la dependencia alienante anterior. La violencia destructiva así como la culpabilidad, exigirán de un largo trabajo que implicará un profundo sufrimiento psíquico, así como un prolongado proceso de elaboración que no siempre concluye en forma exitosa.

Es esta – entre otras - una de las razones por las cuales la depresión representa uno de los motivos de consulta habitual en la adolescencia. Esta depresión puede acompañarse en forma general de sentimientos de incapacidad del yo para efectuar el intento difícil y doloroso de procesar el duelo por los objetos infantiles perdidos y la realización de deseos a los que están ligados.

Pero también aparecen depresiones encubiertas, que se expresan por ejemplo en prácticas toxicomaníacas o alcohólicas, las cuales muchas veces constituyen una suerte de compromiso entre el deseo de evitar pensar acerca de una realidad tan dolorosa como frustrante y la imposibilidad de recurrir a soluciones delirantes. Opuestamente, el delirio, constituye la última tentativa de dar sentido al sujeto, al mundo y a sus relaciones, enfrentado a la confusión de referencias identificatorias, del interior y del exterior, a las contradicciones de los mensajes y dichos de los

padres, pero también al secreto, la violencia hacia las negaciones familiares. La construcción delirante le dará un sentido al no sentido de la historia del sujeto. La influencia narcisística del objeto, alienante de las capacidades de represión y simbolización, existe en distintos grados entre aquellos que sin devenir psicóticos, tienen una potencialidad, según el término de P. Aulagnier (1975), que nos comunican la lucha desesperada a la que se enfrentan para “desidentificarse” de esta invasión por la violencia, el odio o la depresión en los cuales ellos son el continente (Cahn 1986).

A lo largo de un proceso esperable, el joven adulto conquistará en parte su autonomía, a través de la apropiación identificatoria de las funciones parentales. La post-adolescencia implica la necesidad del joven de aceptarse tal cual es. Intentando a su vez producir una interiorización definitiva del Superyo como guardián de los investimentos narcisistas y objetales, evitando que éste quede como instancia primitiva dirigida hacia la desintrincación pulsional.

Las dificultades que comienzan a gestarse en el joven adulto entre la familia y la nueva generación serán también un punto a tener en cuenta, porque este conflicto deviene intrapsíquico, entre una representación de sí garante de la autoestima y la imagen de sí reenviada por los otros.

### **Algunas consideraciones sobre la identidad y las identificaciones: Cómo devenir sujeto**

J. Cosnier (1990) sostiene que se puede considerar la identidad como punto central de trabajo sobre el devenir adulto, ya que ésta se sitúa en un entrecruzamiento de aspectos sociológicos, biológicos y psicológicos como noción de adulto en sí misma. La palabra en latín *adultus* es el participio pasado del verbo *adolescere*: crecer, engrandecerse. El adulto será aquel que llegará al término de su crecimiento, mientras que la adolescencia cubre el período de crecimiento comprendido entre la pubertad y esta finalización.

Sin embargo podríamos preguntarnos, ¿existe acaso un final

para el crecimiento cuando el vivenciar nos demuestra que estamos permanentemente jaqueados por la continuidad de la dialéctica presencia- ausencia, por la elaboración constante de nuestras pérdidas y nuestros duelos así como de los conflictos que una y otra vez remiten aprés –coup a nuestras marcas, huellas, que evidencian un permanente e inagotable proceso de simbolización?

El sentimiento de continuidad psíquica de existencia de sí a través de los procesos de cambio para devenir adulto, es el que permitirá al joven desprenderse de aquellas marcas traumáticas. Integrando así la diferenciación entre sujeto-objeto, yo placer-yo realidad, así como la diferencia de sexos y de generaciones.

Freud (1915) plantea las polaridades sujeto (yo) – objeto (mundo exterior), placer-displacer, activo-pasivo para llegar a la diferenciación yo- no yo, interior-exterior. Estas primeras bases de la identidad se continúan luego bajo la forma: amor – odio, dependiendo también de las oscilaciones entre investidura – desinvestidura. Freud no se ocupó en demasía por el término identidad, sino que le dio más atención al término identificación que es un trabajo psíquico principalmente objetal. La idea de identidad hará referencia a un registro narcisista de gran importancia también en el devenir sujeto, pero sin dejar de tener en cuenta que el objeto es quien funda al sujeto, así como también es quien lo aliena. (Racamier 1985)

En el transcurso de la latencia, la estabilidad relativa de la identidad y también de las identificaciones, dependerán de las relaciones tempranas ya que durante el trabajo de la latencia se reorganizarán los aspectos narcisistas y edípicos, integrando las identificaciones sexuales de ambos progenitores. Sabemos que la latencia implica entre otros, el trabajo de sublimación, conformándose poco a poco una identidad personal de una representación de sí sujeta a los deseos, interiorizando las identificaciones parentales, pero ya abierta a la multiplicidad de identificaciones con los adultos y sus congéneres.

El arribo de la pubertad será el inicio de un evento altamente perturbador, a su vez desorganizador del sentimiento de identidad. Es por ello que ciertos púberes, describen una angustia intolerable

en sus relaciones sociales, mientras que su sexualidad se reduce a un autoerotismo irrefrenable, desligado de sus lazos a los objetos, sin tener más que un efecto económico de descarga. Parecería que nunca han investido la temporalidad, el pensamiento mismo de la diferencia entre una vivencia presente y un proyecto futuro. Su identidad parece haber quedado fijada en una imagen ideal especialmente vinculada al cuerpo, el cual cambia en forma continua sin que el púber logre acceder al control de estos cambios.

La conmoción que trae consigo el período puberal, el empuje de los dinamismos pulsionales sumado a la desorganización de las excitaciones intentando la reorganización de defensas adecuadas, hacen de la adolescencia un período de gran perturbación que convoca no solo al adolescente sino que también provoca a todos aquellos que se encuentran involucrados en su entorno, reactivando así viejos demonios que hasta entonces habían quedado silenciados. El papel que juega el ambiente, teniendo en cuenta sobre todo las etapas infantiles precedentes, es fundamental. Las actitudes parentales pueden oscilar entre las angustias excesivas hasta las dramáticas negaciones, éstas nos alertan acerca de la reactivación de viejos conflictos transgeneracionales inscriptos muchas veces en el registro de la violencia. (Flechner, 2005)

Para investir un proyecto y entrar así en la temporalidad del devenir sujeto, es necesario haber desidealizado al mismo tiempo al Yo infantil: “*su majestad el bebé*” y los primeros objetos investidos en beneficio de una representación de sí diferenciada. Dicha representación entrará dentro de las categorías de pensamiento y simbolización, compartidas por otras subjetividades que colaborarán a fortalecer el principio de realidad. Esto implica tolerar la separación en un espacio y un tiempo que marcarán entre otras cosas el proceso propio de desidealización. Entre aquello que uno es y lo que uno desearía ser o haber sido.

Con el arribo a la adolescencia o la joven adultez, pueden observarse muchas veces los efectos de clivajes que se vuelven invalidantes para las relaciones del joven con el grupo social, por no haber logrado vivir a sus congéneres como semejantes. La

relación dominador – dominado sobre el modelo niño – adulto queda como el único modelo relacional. Es el trabajo psíquico de simbolización no efectuado o sus fallas las que han impedido una buena evolución de las interacciones precoces.

Winnicott (1971) formula a su manera la búsqueda identitaria, búsqueda de sí, contradictoria con la obligación de una identidad conforme a un “patrón”. Pero esta búsqueda comporta una cierta incertidumbre, fuente de angustia, como la libertad - a cada instante, tener que elegir entre todos los posibles - incertidumbre que no es soportable más que en la relación con el otro garante de la continuidad del existir, reflejada en espejo por el reconocimiento de este otro “en el cual podemos confiar”, de que no nos usará a su antojo, sino que asegurará el sostén de la creación de sí. La sumisión al mundo externo, en cambio, dará un sentimiento de futilidad. Insiste en la inmadurez del adolescente quien necesita un tiempo de crecimiento y de creatividad al abrigo de la no – responsabilidad, tiempo necesario de experiencia de vida para aceptar todo lo que llega al mundo de la imaginación personal concerniente a la sexualidad y la rivalidad, ya que el sentimiento latente de culpa es tanto o más destructivo que la violencia exterior impidiendo la delimitación imaginario-real.

Hay pues, una actividad intensa ininterrumpida, de simbolización para dar sentido a la existencia, para poder tener un sentimiento de ser y existir, y ello depende de que este otro parental y social, escuche, mire, reconozca el extraño mundo del adolescente y no se confundan con él (adolecentización parental) (Casas 2006).

### **La simbolización, los símbolos**

H. Segal (1966, 1978) ha mostrado cómo sirve el símbolo para superar una pérdida aceptada, mientras que la ecuación simbólica es utilizada para desmentir la separación entre el sujeto y el objeto. Según Segal, el proceso de simbolización requiere una relación de tres términos – el yo, el objeto y el símbolo- y la

formación del símbolo se desarrolla progresivamente en el curso del paso de la posición esquizo-paranoide a la posición depresiva.

En el curso del desarrollo normal, en la posición esquizo-paranoide que funciona al comienzo de la vida, el concepto de ausencia existe apenas, los símbolos precoces se han formado por identificación proyectiva y de ello resulta la formación de *ecuaciones simbólicas*. Segal ha introducido la expresión “ecuación simbólica” para designar los símbolos precoces que son de naturaleza muy diferente de los símbolos que se forman posteriormente.

En la posición depresiva, existe un grado mayor de diferenciación y de separación entre el yo y el objeto, y según las experiencias repetidas de pérdida, de reencuentro y de recreación, un objeto bueno se instala de manera segura en el yo. El símbolo es utilizado entonces para superar una pérdida que ha sido aceptada porque el yo se ha vuelto capaz de renunciar al objeto, de hacer duelo por este y se lo percibe como una creación del yo (Segal 1978). Ese estadio no es sin embargo irreversible, porque en los momentos de regresión, el simbolismo puede recaer en una forma concreta aún en individuos no psicóticos.

H. Segal destaca igualmente que la posibilidad de formar símbolos rige la capacidad de comunicar, tanto en la comunicación con el exterior como en la comunicación interna, puesto que toda comunicación se produce por medio de símbolos. La capacidad de simbolizar adquirida en la posición depresiva se utiliza para tratar los conflictos precoces no resueltos simbolizándolos, de modo que las angustias que habían permanecido clivadas en el interior del yo – ligadas a relaciones de objeto precoces – puedan ser progresivamente tratadas por el yo mediante la simbolización.

Tanto Bion (1962) como Meltzer (1967) han hecho aportes significativos, permitiéndonos reflexionar sobre las primeras fases del desarrollo donde a través de los mecanismos de proyección e introyección, se organizarán los procesos identificatorios tanto proyectivos como introyectivos. Tal como ha expresado Bion (1962), será la *capacidad de rêverie* de la madre lo que permitirá que el mundo circundante cobre de a poco sentido para el infans, dando paso a una dialéctica sensorial e intuitiva entre el “adentro” y el “afuera”.



Basándose en el descubrimiento de Freud (1900) de los “pensamientos oníricos” que constituye la primera expresión simbólica de la experiencia emocional, Bion convierte la “*capacidad de revêrie de la madre*” en el prototipo de comunicación a través del pensamiento intuitivo. Para él, la verdadera capacidad de pensar a la que llama función alfa, surge siempre y solamente a través de una experiencia emocional.

Examinando la naturaleza del proceso utilizado a estos efectos, Bion constatará que se trata en realidad de una situación particular del proceso descrito por M. Klein en 1946 en su artículo “Notas sobre algunos mecanismos esquizoides” bajo el término de identificación proyectiva. Mientras Klein se interesaba en la patología del funcionamiento psíquico, Bion remarcaba a través de esta forma de función materna que denominó *la capacidad de revêrie*, las bases mismas de la simbolización. Este modo de funcionamiento por identificación proyectiva no tiene para él nada de patológico, razón por la cual la llamó, identificación proyectiva normal. A través de la reintroyección de algunos elementos de la capacidad de revêrie de la madre aplicados a los elementos proyectados por él, el infans conseguirá establecer poco a poco en su interior su propia capacidad de identificación proyectiva normal, siendo el inicio de su función alfa la que constituirá el continente de sus experiencias emocionales por venir, la membrana de contacto (Bion 1962) entre su propia vida psíquica y la vida psíquica de otro. Se trata entonces del instrumento mismo de la capacidad de simbolización y de comunicación interhumana.

Dicha actividad podrá tener sus fallas, cortes o discontinuidades a lo largo de la vida, gran parte de ello dependerá de cómo se haya dado la experiencia emocional en los primeros tiempos. Tal como lo ha dicho Kestenberg (1962): “Todo se prepara en la infancia y se pone en juego en la adolescencia”, lo ejemplificaré a través de una viñeta clínica.

### **María, la dificultad de crecer: una viñeta clínica**

Cursando el último año de liceo sin saber qué haría después llegó María al tratamiento. Me impresionaba la blancura de su piel, su pelo largo pero cortado sobre su frente con un cerquillo infantil. También me llamaba la atención su delgadez y su vestimenta aniñada, poco adecuada para su edad, donde se me destacaban sus zapatos prendidos con una hebilla evocándome mis tiempos infantiles pasados.

Su voz suave y pausada, su mirada huidiza me llevaba a pensar que me encontraba frente a una adolescente extremadamente tímida. Sin duda lo era, no me miraba a los ojos, sino más bien hacia abajo y era difícil escucharle decir dos frases seguidas, con un tono que por momentos se me hacía imperceptible. Sin embargo aceptó seguir viniendo.

**P.** *Estoy en sexto de arquitectura, no sé qué quiero hacer después, no tengo problemas en el rendimiento, siempre me fue bien, pero me va mal en todo lo demás. Me aísló, no tengo amigos varones, salgo siempre con mis amigas del colegio... cuando salgo que es muy poco. Cuando me cambié a este liceo estaba aterrada pensando con quién iba a estar en los recreos. Decidí que mejor me quedaba sola y siempre me llevo un libro para leer.*

**A.** ¿Por qué te va mal en todo lo demás es que pasás mucho dentro de casa?

**P.** *¿Vos decís por lo blanca que soy? no me gusta tomar sol, me gusta que me vean diferente a las demás. Pero sí, paso mucho dentro de casa, pensé que al sacar la libreta de conducir iba a salir más. Solo lo hice la primera semana y después me aburrí. Paso la vida aburrida, tirada en la cama, soñando con mi otra casa, cuando era una nena y no tenía todos los problemas que tengo ahora.*

**A.** Soñás con tu otra casa, ¿qué recordás de tus sueños?

**P.** *No me acuerdo de nada, no tengo memoria para eso, solo me acuerdo de lo que veo en un sueño que soñé muchas veces.*

**A.** ¿Qué ves en ese sueño?

**P.** *Me veo a mí sentada en una sillita que usaba cuando era una nena, esto es todo lo que veo.*

**A.** *¿Te recuerda algo? ¿recordás esa sillita? ¿El lugar donde estaba o tal vez con quién jugabas?*

**P.** *No, no me acuerdo de nada, no tengo recuerdos, cuando te digo que sueño solo se me viene una imagen y se me queda ahí y nada más.*

Escuchar el breve relato de María, su mínima descripción, me generaba a mí una serie de imágenes y asociaciones que no le mencioné. Era demasiado apresurado intervenir y hablarle a una joven tan asustada, que parecía haber quedado congelada en el tiempo, tan blanca como Blancanieves, y a su vez como una muñeca de trapo o de cera, sentada en una sillita inmóvil, esperando que alguien la mueva, la sacuda, la toque con la varita mágica para darle vida, volverla persona y también mujer.

Poco a poco, a través de las sesiones, fui notando que María le tenía miedo a todo. Salir, entrar, separarse, alejarse, reunirse, ir al liceo o volver. Tomar sol, hablar con chicos o chicas desconocidos, mostrar su cuerpo, ir a bailar. Sin embargo, habíamos comenzado aproximadamente en setiembre con las entrevistas y uno de sus primeros anuncios fue que se iría de viaje con una amiga en ómnibus a pequeños pueblos recorriendo varios países de América Latina. El viaje se iniciaría ni bien completaran los exámenes de 6° año para poder dejar asegurada la entrada a facultad pero no tenía fecha de regreso:

**P.** *Hasta que dé la plata, hasta que tengamos ganas o hasta que pase algo que nos haga volver.*

María se encargó de fijar la fecha de regreso haciendo que pasara algo que la hiciera volver. A pesar de ser una excelente alumna perdió su último examen de bachillerato, justo con la materia que más segura se sentía. Fue la primera vez que la vi llorar de manera desconsolada. La segunda fue cuando decidió que iba a estudiar escenografía y sus padres no la autorizaron. Sus

llantos eran los de una niña desesperada que no lograba encontrar soluciones por sí sola a sus problemas. Parecían insolubles y yo me preguntaba cómo era posible que esta “niña” hiciera semejante viaje por territorios desconocidos sola con una amiga.

Al entrevistarme con sus padres, éstos parecían muy seguros de que María podría realizar dicho viaje sin inconvenientes. Les pedí que me hablaran de ella, no encontré elementos que pudieran conducirme a clarificar mis ideas, salvo el hecho de que sus padres consideraron siempre que la trastornada era su hermana adolescente, dos años menor. No la veía preparada para este viaje, sin embargo era ya un hecho consumado, a lo cual me remití a decirles que si notaban algún problema que trataran de hacerla volver y si me necesitaban me podían llamar.

Lo hizo la propia María, llorando desconsoladamente por teléfono pero luego de transcurrido el viaje y de haber salvado la materia que le faltaba para entrar en facultad. Con poca diferencia de tiempo recibí la llamada de María, de su madre y de su padre para que por favor la viera ese mismo día.

*P. No puedo parar de llorar, di el examen y se me vino el mundo abajo, yo trataba de explicarles a mamá y papá que estoy muy mal, ellos estaban de vacaciones y yo acá en Montevideo, finalmente le dije a mamá que me estaba por suicidar, llegaron en una hora, fue la única forma de hacerlos volver rápido y que se dieran cuenta lo mal que me sentía. Pero cuando llegaron me di cuenta que no me podían ayudar en nada, no sé qué estoy buscando, no sé qué hacer, no quiero vivir más así y tengo un nudo acá en la garganta que no se me va con nada.*

*A. Parece ser un momento muy difícil, crecer, separarse, alejarse, tomar decisiones, genera mucha angustia, muchos sentimientos encontrados que están empezando a salir. O sea que estás dejando de ser la niñita del sueño que se te repite, sentada en la silla quieta, ahora pareces muy inquieta y muchos sentimientos juntos están saliendo de adentro tuyo.*

*P. (llorando) Tengo miedo no puedo seguir creciendo, no puedo entrar en facultad, ni siquiera sé lo que quiero estudiar.*

*No puedo irme ni quedarme, cuando me acuerdo del viaje pienso que estuve loca, solo así me fui, ahora que estoy acá no tengo otro lugar que la cama que es donde me siento segura, pero no me puedo dormir.*

**A.** La cama parece que tampoco es más un refugio, ¿no será que ya no podés seguir quedándote inmóvil? Pero a la vez ir, volver, salir, crecer, parece en este momento ser una tarea muy difícil.

Una nueva entrevista con sus padres me permitió saber que la hermana de María, está en tratamiento desde hace ya varios años por crisis violentas y episodios depresivos. Al seguir investigando la madre relata que ella también fue una persona muy tímida, siempre metida dentro de la casa con sus padres. A pesar de ser muy bonita y haber tenido éxito con los chicos, nunca se animó a salir con nadie y terminó casándose con el hombre que le dio seguridad, el papá de María que era el mejor amigo de su hermano y frecuentaba la casa de ella en forma permanente. Reconoce que probablemente haya estado deprimida en su adolescencia, pero el hecho de haberse casado e irse de su casa la “ayudó a salir de su problema”. Sin embargo, la situación se repite en forma clara dentro de su propia casa, ahora con sus dos hijas. Salen poco, tienen pocos amigos, una rutina extensa de trabajo y una vida que ellos definen como apacible hasta el inicio de la crisis de la hija menor y ahora de María.

El análisis para María fue muy doloroso, especialmente en los primeros años de tratamiento. Parecía estar en un laberinto del cual no podía salir. Sin embargo de a poco iba logrando darle palabras a sus imágenes en los sueños, mostrando también atisbos de cierta independencia.

Al año de tratamiento se repitió el sueño de la sillita con otras características:

**P.** *Soñé de vuelta que estábamos en el apartamento de antes de mudarnos, era más chico y más feo que el que estamos ahora, yo estaba sentada en la sillita que teníamos con mi hermana para jugar, mamá me decía: “María aprontate que nos vamos, nos tenemos que ir al otro apartamento”. Lo repetía muchas veces,*

*pero yo no me movía de la silla, ellos entonces se despedían de mí, se iban todos y me dejaban en casa sola. Yo me quedaba contenta de que no me tenía que ir de mi casa.*

**A.** Nuevamente la sillita... Pero ahora no estás sola. Mamá te habla en el sueño, trata de sacarte del lugar donde estabas sola e inmóvil.

**P.** *Sí, mamá trata no solo en sueños, también en la vida real, yo también trato y vos también tratás. ¿No podés atarme una cuerda y dar un tirón fuerte? De a ratos siento que me hundo en un pantano, de repente si das un tirón...*

**A.** La cuerda la fuimos armando entre nosotras dos, yo a veces tiro de la cuerda y tú me avisás que tengo que ir más despacio entonces tirás tú para el otro lado y de a ratos tiramos las dos para el mismo lado y vas saliendo. De todas formas ahora sabes y puedes ponerle palabras a la situación en la que estabas, por ahora podemos decir que estabas empantanada y que ves que alguien tira de la cuerda para sacarte, a pesar de que por momentos quieras que me empantane yo también.

El sufrimiento de María es un ejemplo que subraya la importancia del eje transferencia-contratransferencia, poniendo de manifiesto así, las posibilidades de simbolización en el análisis de adolescentes. Interpretar la conflictiva adolescente que muestra de manera desgarradora los conflictos de amor y de odio puede resultar a veces difícil, al ligarse nuestras propias resistencias contra-transferenciales para aceptar las proyecciones hostiles del analizando y su destructividad hacia nosotros, analistas, representantes responsables de despertar el dolor psíquico. Será el analista con cada paciente quien encontrará la forma - a través de la contra-transferencia - de establecer un nuevo nexo que le permita al paciente, transitar con menos sufrimiento el camino del análisis que decidió emprender, aún cuando ello implique por momentos y para ambos "empantanarse".

Es así que su forma de mostrar su cuerpo, su expresión a través de la palabra a lo largo del tiempo de análisis, van esbozando una forma propia de delimitarse que es aquella que María puede

expresar: en un inicio tratando de inmovilizar su psiquismo al ver en su sueño una imagen y hacérsele imposible ligarla o asociarla, mientras que posteriormente, en otro momento, un sueño similar empieza a expresar cierta movilidad. Logrando a su vez crear representaciones nuevas, como la del pantano, que a pesar de su dramatismo implican en sí, una posibilidad de movimiento, quizás un atisbo de salida.

La relación analítica, apoyada en el eje transferencia-contratransferencia, permitirá al analista captar en su paciente las angustias ligadas a las experiencias emocionales a veces, muy tempranas y relanzarlas en aras de una transformación. Dicha transformación incluye a su vez la capacidad de simbolización que irá dando forma a las representaciones por venir.

B. de León (2006) dirá que en los procesos interpretativos, la simbolización incluye dos movimientos como las dos caras de una moneda: ausencia y presencia, ruptura y creación. La palabra en la interpretación busca transformar vivencias y sentidos propios del mundo subjetivo del paciente, sustituyéndolos, al modo de la actividad metafórica y reubicándolas en un nuevo contexto. Esto abre el espacio de producción creativa de nuevas vivencias y significados en el paciente los cuales implican nuevas experiencias y simbolizaciones de la ausencia- presencia del otro y de los objetos.

### **Para finalizar**

La vida no puede ser pensada de otra forma que no sea como una continuidad, en la cual encontramos una sucesión de conflictos y el trabajo de cada sujeto con dichos conflictos. El tiempo, la continuidad, nos muestran que no hay una separación radical entre la adolescencia y el devenir adulto, sino más bien una imagen en espiral (Alleon – Morvan 1990) que es en sí misma una forma de continuidad del existir. Así parece darse también en el análisis, donde a pesar de la repetición y la regresión, nada es como ha sido y nada podrá hacerse tal como ya fue realizado. En ningún

momento el sujeto se encuentra en la misma posición en relación a sí mismo y a los otros, aún a pesar de la permanencia y de la continuidad. Somos creados por nuestros objetos primarios y somos creadores y transformadores de los objetos de nuestro mundo interno y externo, quienes a su vez nos transforman (Caiafa, 2006).

Una de las grandes adquisiciones de la adolescencia que perduran en la edad adulta –entre otras– está centrada en la capacidad de re-trabajar el Edipo, así como también la muerte en relación a la castración. De la misma forma, los procesos de simbolización acompañan este devenir, desempeñando un papel central en la capacidad de elaborar la separación y la pérdida de objeto a lo largo de la vida.

Ser adulto implicará que fuimos adolescentes, poniéndose en juego la capacidad de disfrute, de placer, de estar a solas y también con otros. La posibilidad de realización de la satisfacción sexual con una pareja estable, la maternidad y paternidad. La inserción laboral, las responsabilidades, la interacción en la sociedad.

Queda así abierto el camino hacia la libre elección, creatividad y realización personal acompañada de un conocimiento - desconocimiento permanente que nos recuerda que el camino es sin retorno, lo cual nos deja en claro el carácter irreversible de la vida. Al acaecer la muerte de los padres el adulto envejece, llevándolo a vivir de otra manera la desconocida idea de la muerte. Devenir adulto es entonces el comienzo del envejecimiento, ya que cuanto más avanzamos en la vida, más nos confrontamos a la muerte. (Alléon – Morvan 1990). Esta es una prueba más de que las angustias de muerte suscitadas a veces por lo incongnoscible, o lo impensable, también pueden hacerse presentes de otra manera, diferente a las de la adolescencia. Momentos en los que nos percatamos que somos adultos, participando de la historia de la especie humana, confirmando la alteridad y la continuidad.



## **Resumen**

### **Simbolización en la adolescencia: la dificultad de devenir adulto**

*Silvia Flechner*

Este trabajo realiza un recorrido que parte desde la estructuración psíquica, marcando puntos relevantes tales como la latencia, la pubertad, la adolescencia y el devenir adulto. El acento está puesto en la subjetivación, la identidad, así como también el proceso de simbolización. Devenir adulto es una forma de demarcar un tiempo de transformación más dentro de la continuidad del existir de un sujeto. Se adjunta viñeta clínica.

## **Summary**

### **Symbolization in adolescence: the difficulty found in becoming an adult.**

*Silvia Flechner*

This paper makes a round from the psychic structuration, highlighting relevant items like puberty, adolescence and become adult. The accent is placed in subjetivation, identity and also symbolization. To become adult is a way in which a time of transformation is defined inside the continuity of existence of a human being. Clinical material is included.

**Descriptores:**    **ADOLESCENCIA / PUBERTAD /  
SIMBOLIZACIÓN / IDENTIDAD /  
MATERIAL CLÍNICO /**

## **Referencias bibliográficas**

ALLÉON, A.M. MORVAN, O. (1990) *Devenir « adulte »?* Presses Universitaires de France.

- AULAGNIER, P. (1979) *Les destins du plaisir*, Paris, PUF.
- BION, W. (1962) *Aux sources de l'expérience*, Paris, PUF, 1979.
- \_\_\_\_\_ (1962) Une théorie de la pensée, *Rev. Franç. Psychanalyse* XXVIII 1, P.U.F. París.
- CAHN, R. (1986) L' emprise narcissique, *Revue française de psychanalyse*, L, 6, 1986.
- CAIAFA, C. L. De (2006) Objetos en psicoanálisis: filiación, proximidad, destinos en *Perspectivas psicoanalíticas. Perfiles de la práctica* BUP pág 130.
- CASAS de PEREDA, M. (2006). Simbolización en la adolescencia en *Perspectivas psicoanalíticas: Perfiles de la práctica* BUP, Pág. 42.
- COSNIER, J. (1990) Les vicissitudes de l'identité. En *Devenir « adulte » ?* Presses Universitaires de France.
- DE LEÓN, B. (2006) *Algunas cuestiones sobre la noción de simbolización*. Nota presentada en actividad científica: *¿Qué entendemos por simbolización en psicoanálisis?* Noviembre, 2006.
- FLECHNER, S. (2005) *El adolescente en riesgo. André una forma del actuar*. Trabajo presentado en el panel sobre Adolescencia, Congreso de IPA sobre *Trauma*. Río de Janeiro, Brasil, 2005.
- FREUD, S. (1900) La Interpretación de los sueños. Lo reciente y lo indiferente en el sueño. Pág. 182, en *Obras completas*, T. IV. Amorrortu Ed. Buenos Aires, 1979.
- \_\_\_\_\_ (1915) Pulsiones y destinos de pulsión. *Obras Completas* T XIV, Amorrortu Ed. Buenos Aires, 1979.
- KESTEMBERG, E. (1962) L'identité et l'identification chez les adolescents. Problèmes théoriques et techniques, *La psychiatrie de l'Enfant* 1962, 5,2.
- KLEIN M. (1946) "Nota sobre algunos mecanismos esquizoides" *Obras completas*. Vol. 3 Paidós Hormé Buenos Aires. 1976
- MELTZER, D. (1967) *El proceso psicoanalítico*. París, Payot. 1971.

- RACAMIER, J.P. (1985) *Dépression, deuil et alentour*, *Rev. Française de Psychanalyse* III,1, Janvier.
- SCHKOLNIK, F. (2006) “*Acerca del concepto de simbolización*”. Nota presentada en actividad científica: *¿Qué entendemos por simbolización en psicoanálisis?* Noviembre, 2006.
- SEGAL, H. (1966) *Notas sobre la formación de símbolos*, RUP, 1966.
- \_\_\_\_\_ (1978) «On symbolism». *International Journal of Psychoanalysis*, 59, pag. 315-9.
- WINNICOTT, D. (1977) *Realidad y Juego*. Barcelona, Gedisa.